



EL GRAJO AZUL.

El grajo azul (*corvus cristatus*). — Dibujo de FREEMAN.

« Este ladrón de huevos, dice Audubon, ornitólogo americano, de quien hemos tomado ya la descripción del tordo rojo de América (vease la pág. 257), tiene por todas partes la misma inclinación al daño. Destruye cuantos nidos encuentra, se come los huevos, y como el cuervo, devora á

los pequeñuelos. Ataca al débil, teme al fuerte, y aun huye ante sus iguales.

» En Nueva-Orleans embarqué veinticinco grajos azules, con ánimo de poblar con ellos los bosques de Inglaterra. Al ponerlos en una jaula grande donde debía trasportar-

los me quedé sorprendido de la cobardía que iban mostrando todos á medida que los iba introduciendo uno á uno entre sus hermanos que al cabo de dos dias de cautiverio se mostraban tan alegres y juguetones como en medio de los bosques. El recién-venido se precipitaba en el rincón mas oscuro de la jaula; su cabeza tomaba la posición vertical y se quedaba inmóvil. Sin embargo, á la mañana siguiente habia cambiado todo: el cautivo daba fuertes picotazos en el maíz que apretaba entre sus patas abriendo y mondando los granos con su furor acostumbrado. Cuando la jaula estuvo llena, era muy divertido verlos colocados en hilera sobre los palos, rompiendo cada cual su grano de maíz, tan encarnizados en su obra, y tan regulares en sus golpes como un herrero pegando en el yunque. Comen nueces, castañas, frutas secas, todo les gusta, pero sin embargo prefieren la carne fresca, sobre todo la de las aves que es para ellos la mas exquisita golosina. Permanecían tranquilamente uno al lado de otro, pero al primer grito de alarma lanzado sin motivo, la banda asustada echaba á volar por la jaula, como si el mas terrible enemigo se hubiese introducido á su lado. Soportaron muy bien la travesía y llegaron á Liverpool en buen estado; pero pocos dias despues, atacados de una enfermedad ocasionada por una multitud de insectos que se adherían á todas las partes de sus cuerpos fueron pereciendo sucesivamente; uno solo se salvó, pero llegó á Londres tan cubierto de insectos que le tuve que dar para quitárselos una infusión de tabaco, que le mató casi instantáneamente.

» Aun en sus emigraciones, los grajos no vuelan de una vez á grandes distancias, y cuando se paran inspeccionan minuciosamente bosques, campos y jardines donde es fácil seguirles, si no llega á atravesar los aires un halcón, en cuyo caso, la bandada entera se calla espontáneamente y deslizando entre los mas espesos matorrales, se esconden allí en silencio.»

El grajo azul tiene el pico corto, fuerte, derecho, comprimido y acerado, y la base de las ventanillas de la nariz cubiertas de pelos erizados. Su cabeza es ancha, el cuello corto, y el cuerpo robusto. Los tarsos son finos, reticulados y salientes hácia atrás, del mismo largo que el dedo de en medio. El dedo anterior es mas corto; las uñas son agudas, comprimidas y cortantes. Su plumage es suave, sedoso y brillante; las plumas de la cabeza son largas y crespas, las alas cortas; la cola larga formada por doce plumas redondas. El pico y los piés son de un color oscuro; pero toda la parte superior es de un hermoso azul, purpurino y brillante. La cola y las puntas de las plumas secundarias son blancas con rayas negras transversales, y una ancha banda del mismo color parte del colodrillo, pasa por detras del ojo, y descende sobre el cuello en forma de collar. Las mejillas son de un azul claro; las partes inferiores que son blancas toman un castaño rojizo en la garganta y debajo de las alas. El largo total de este grajo es de 42 pulgadas, y de 14 la estension de sus alas. La hembra, mas pequeña que el macho, tiene el pecho mas oscuro, y las tintas superiores menos brillantes. La planta que va enredada al tronco del árbol es un *Bignonia radicans*.

DE LAS SECTAS RELIGIOSAS EN RUSIA.

Creemos que no podrá menos de llamar la atención de nuestros lectores el extracto sacado de una obra publicada en Rusia por el baron Augustó de Harthausen, consejero de Estado en Prusia. Lo poco que conocemos del ca-

rácter de aquel país, de sus usos y costumbres y de su estado religioso actual, nos hace mirar como uno de los asuntos mas dignos de publicidad el del artículo extractado de dicha obra.

Como no se puede conocer, dice el autor, el carácter de un pueblo, las instituciones sociales y políticas de un país si no se conoce tambien su estado religioso, me he ocupado en el periodo de mis viajes en recoger sobre este punto, documentos positivos, y sin tener la pretension de presentar un cuadro completo, estoy seguro de saber algo mas sobre este asunto que algunos otros extranjeros, y aun que la mayor parte de los rusos, sin exceptuar á los magistrados y empleados de aquella nacion. He hallado en algunos puntos, que no es del caso nombrar, ocasiones felices para poder apreciar y conocer de cerca muchas sectas prohibidas por el gobierno, ganándome la confianza de los habitantes, y asistiendo á sus ceremonias secretas.

El cristianismo penetró en Rusia hácia el siglo IX. La iglesia rusa era hija de la iglesia oriental, y en especial del patriarcado de Constantinopla. Las heregias gnósticas habian desaparecido entonces, es cierto, pero el Oriente ha conservado siempre algunas ideas gnósticas que los cruzados importaron al Occidente, y que se encuentran aun esparcidas entre los mahometanos. Estas ideas se encuentran tambien en Rusia. El pueblo ruso no es alicionado á las discusiones filosóficas como los pueblos del Oriente. Asi es que no se debe esperar encontrar en él entre las nuevas sectas un sistema completo: se hallan únicamente algunas ideas aisladas, pero que semejantes á esas locuras contagiosas, condenan al mismo ciego fanatismo. En este particular colocamos en primera línea á los Morelsehiki, que se sacrifican entera ó parcialmente. Aun no se conocen las doctrinas de los primeros; esto es, de aquellos que se sacrifican enteramente, pero su existencia se halla desgraciadamente comprobada todos los años y en todos los puntos del reino, especialmente en el Norte, por hechos semejantes al que vamos á referir.

Primeramente se abre una ancha fosa en tierra, acompañando este trabajo con algunas singulares ceremonias, y se la rodea de paja, de leña y de otros varios combustibles. Una reunion, compuesta de veinte, treinta, cincuenta y á veces de cien fanáticos, descende á esta sepultura, prenden fuego á los combustibles que la rodean, y mueren en medio de las llamas con una estoica indiferencia. Otras veces se reúnen en una casa, habiendo colocado de antemano paja y leña y la prenden fuego luego que están dentro. Llegan los vecinos alarmados; pero ninguno se atreve á oponerse á esta operacion, pues las victimas de ella son tenidos por santos, que reciben el bautismo del fuego.

La policia no suele tener conocimiento del hecho sino despues de terminado el cruento sacrificio. ¿En qué doctrinas está basado este fanatismo? Eso es lo que no se sabe. Únicamente la palabra *bautizo de fuego* prueba que en estos fanáticos hay algun dogma oscuro y secreto. Y en efecto, ¿cómo si así no fuese, podría esplicarse un hecho que se reproduce de una manera uniforme en distintos puntos que se hallan á grandes distancias y por espacio de mas de un siglo?

Los fanáticos de la segunda especie son los Skopzi ó eunucos. Ignórase si como Origenes fundan su práctica en algunos pasages de la Biblia mal entendidos, tanto mas cuanto que ellos miran á este libro como un libro falsificado. Ellos solos se creen poseedores del verdadero Evangelio que fué escondido y emparedado en la cúpula de la iglesia de

San Andrés en Petersburgo por Pedro III á quien veneran como á su gefe y como una emanacion de Cristo. No se ve ninguna analogia entre sus prácticas y su cuerpo de doctrina, si así pueden llamarse algunas ideas oscuras y sin bilacion. Ellos dicen que en un principio no habia mas que el Dios Padre; que este creó el mundo y que se manifestó á él como hijo en la persona de Jesucristo, á quien tienen por un Dios, como el ungido del Señor, penetrado por la divinidad y que habla bajo su inspiracion. Pero Dios se manifiesta continuamente como Espiritu Santo á sus verdaderos hijos, esto es, á los Skopzi. El Cristo no ha muerto, segun ellos, y vive siempre sobre la tierra bajo una forma cualquiera, viviendo en la persona de Pedro III que no ha muerto, como se dice, sino que ha huido á Irkutsk, y desde entonces creen que la salvacion debe venir del Este. Pedro debe venir muy pronto, y en el Krenliu de Moscow tocará la gran campana de la iglesia de la Ascension; sus verdaderos discipulos la oirán desde todas las partes del mundo y se reunirán á su alrededor empezando entonces el reino eterno de los Skopzi.

Estos sectarios no creen en la resurreccion del cuerpo y no celebran el domingo. Comulgan con un pan que colocan primeramente en la tumba de algun personaje místico de su secta y que queda consagrado con esta ceremonia. Cada uno de ellos come un poco de este pan el dia primero de Pascua, que es el único dia festivo que tienen en todo el año. Se reúnen durante la noche del sábado al domingo y se entregan á ceremonias estrañas y misteriosas. Estas ceremonias se llaman Karabliek, que quiere decir barca frágil que vaga á merced de las olas.

En sus reuniones cantan recitando, algunos himnos cuyas palabras no comprendia, pero que producian en mí una impresion profunda aunque dolorosa á causa del salvaje entusiasmo que respiraban. Los miembros de esta secta se reconocen por ciertos signos masónicos. Todos tienen en su casa el retrato de Pedro III, y todos se hallan animados de un espíritu de proselitismo muy ardiente. El que llegue á convertir doce discipulos, obtiene la dignidad de apóstol. En algunos gobiernos, poblaciones enteras pertenecen á esta secta. Nada revela sus creencias religiosas. Sus casas, sus familias, se parecen á las demas; tienen mujeres é hijos, porque se casan verdaderamente, y no se someten á la cruenta operacion hasta despues de haber tenido un hijo. Sin embargo, en general sus hijos provienen de uniones adúlteras, pero los Skopzi cuidan á estos hijos como de lejítima union. El número oficial de los Skopzi es de tres mil, pero en realidad son mas de treinta mil. Como son muy ricos, la policia saca partido de sus riquezas, pero nunca puede sorprender á las personas.

Una secta que parece tener algunos puntos de semejanza con la de que venimos ocupándonos, es la de los disciplinantes, aunque se sabe muy poco á punto fijo de sus doctrinas. En sus asambleas, en las cuales no se consiente la imágen de ningun santo, saltan y corren en círculo unos detras de otros, dándose golpes con las disciplinas. En medio tienen una gran copa á manera de pila, llena de agua, á donde van de cuando en cuando á cojer agua con las manos para echársela sobre la cabeza y para beber, siguiendo en su ejercicio hasta que caen de cansancio. Cierto dia del año, despues de estas furiosas danzas, los hombres se dejan caer sobre los bancos que hay al rededor del local de sus sesiones, y las mujeres se echan debajo de los mismos. De pronto es estinguen las luces y empiezan espantosas orgias.

Tuve yo en Moscow un secretario, que habia sido antes farmacéutico con tienda abierta, y tiempos atras empleado en una fábrica de aguardiente, cerca de Rosheva, donde se habia asociado con varios individuos, y aun habia asistido él á algunas de sus reuniones.

Lo que este sugeto me contaba me parecia increíble, pero en honor de la verdad debo decir que la conducta de mi secretario, durante los tres meses que lo tuve en mi compañía, no me autorizó, ni en lo mas mínimo, para suponer que fuese hombre que diese pávulo á mentiras. Opinaba él que los disciplinantes y los eunucos estaban en relaciones intimas, y que se suplían reciprocamente unos á otros. En las reuniones á que habia asistido, no habia presenciado absolutamente ninguno de los horrores que me contaba, bien que esto habia dependido de no querer plegarse á la exigencia que tenían con él de que abrazase la secta, único modo de permitirle la entrada en esa gran reunion anual de que hemos hablado. Sin embargo, los mismos sectarios, teniendo gran confianza en él, le habian contado todas aquellas monstruosas escenas. Por lo demas, las noticias que me daba han sido plenamente confirmadas por una informacion de la policia que sorprendió una de estas reuniones en Moscow, y el año 1840. De esta informacion resulta que los disciplinantes y los eunucos son una misma secta, y que los primeros suplen á los segundos, y que vienen á llenar sus vacantes como puesto de ascenso. Dichos sectarios miran con horror á los perros, porque los suponen en tratos con el diablo, y aman por el contrario á los gatos. Aunque miran á Cristo como á su fundador, le insultan y abofetean su imágen el dia de su recepcion. No conocen el matrimonio, y no se casan mas que para sustraerse á las pesquisas de la policia. Sus mujeres y sus hijos son comunes. Se ha observado que cuando una mujer de esta secta, despues de la muerte de su marido se casa con otro que no es disciplinante y llega á penetrar los misterios de aquella profanacion, desaparece sin que se vuelva á saber mas de él. La noche de Pascua se reúnen los disciplinantes y eunucos para festejar juntos á la madre de Dios. En tal solemnidad se coloca en un baño lleno de agua caliente á una muchacha de quince años á quien se suele ganar haciéndole grandes promesas. Algunos viejos se acercan á ella y la hacen una sajadura prolongada desde el centro del pecho al costado izquierdo. Luego le cortan el pecho izquierdo de cuajo y la estancan la sangre con una prontitud increíble. Durante la operacion se la hace tener la mano en una imágen que representa al Espiritu Santo. El pecho que se ha cortado se hace pedazos pequeños, y se sirve á los sectarios, los cuales deben comer algo de él. Luego se hace subir á la muchacha á un altar, y toda la asamblea baila alrededor cantando: *Vamos bailando, vamos saltando sobre la montaña de Lyon*. La danza se hace de cada momento mas furiosa. Por último, se apagan las hachas y entonces tienen lugar las inmundas escenas de que hablamos antes. Mi secretario conoció á muchas de aquellas muchachas á las cuales se honraba como santas, y me decia que á la edad de veinte años parecia que tenían ya sesenta, y solian morir muy jóvenes; pero me citó una que se habia casado y habia tenido dos hijos. Estos fanáticos llevan algunas veces por mortificarse, sobre la misma carne, cotas de malla y camisas de crin de caballo. Yo conocí uno que llevaba una cruz de metal sobre el pecho y otra á la espalda, sujetas á los brazos y al costado por medio de garfios de hierro metidos en la carne.

GUILLERMO VAN DEN VELDE.

LA CALMA.

G. Van den Velde nació en Amsterdam en 1633 y murió en Londres en 1707. Le llaman el joven para distinguirlo de su padre. No hay duda que los preciosos y admirables dibujos de este debieron inculcarle desde luego los mejores principios de su arte, y nadie duda tampoco que al aprender el dibujo parece se hizo con conocimientos especiales sobre todo lo relativo á la construcción de buques. Su padre le

metió en la escuela de Simon de Vliger, excelente pintor de marinas, cuando fué llamado á Inglaterra por Carlos II, y allí adquirió en poco tiempo la ciencia del colorido, sin la cual no hay ilusión posible en la pintura.

Sin embargo, fuera que sus lecciones hubiesen desarrollado en él los jérmenes de su talento, ó ya debiera á su genio precoz la revelación de los grandes secretos de su arte, lo cierto es que sus primeras obras escitaron una admiración general, colocándole, en su jénero, en la primera categoría de pintores holandeses. Nada hasta hoy ha podido empañar



La calma.

el brillo de ese gran triunfo, y aun podemos añadir que G. Van den Velde sería el primer pintor de marinas del mundo si no hubiese existido Claudio de Lorena; ya es bastante gloria el estar colocado despues de este.

Cuando sorprendiendo la mar en un instante de perfecta calma, nos pinta como en el cuadro que acompaña á estas líneas, la entrada de un puerto, los accidentes de la playa, los buques en una inmovilidad completa, y el agua tersa como un espejo, descubre un talento tan extraordinario que nadie se atrevería á disputarle la palma de la perfección. Sus aguas semejantes al cristal de las ondas tienen tambien como ellas, limpidez, frescura y transparencia. Sus cielos resplandecen á su vez con toda la claridad del mismo cielo, á veces los rayos del sol penetrando por las ligeras nubes

que graciosas se pasean sobre un fondo azulado, ocasionan una infinidad de accidentes de luz y de sombra que les dan las mas varias formas y colores. Otras veces tambien esos grupos de nubes ostentan tonos claros y arjentinos, que se reflejan en el inmóvil cristal de las aguas, así como el azul de la bóveda celeste, así como las elegantes formas de los buques y de las chalupas y el color blanco ó tostado de sus velas. Entonces nada iguala la magnificencia del espectáculo que se ofrece á la vista, porque no es solo la naturaleza verdadera sino la naturaleza embellecida por el pintor con mil mágicos efectos.

G. Van den Velde joven pintó tambien huracanes y borrascas donde el choque de las olas, su movimiento y sus espumas, no llaman menos la atención que sus aguas estan-

cadadas. Además se sabe que representó combates navales, en los cuales, maniobras, navíos y figuras todo se halla estudiado y ejecutado con un profundo conocimiento del arte.

J. J. ARNOUX.

EL CASTILLO DE HILTON,

PROCESO CRIMINAL.

(Véanse las pág. 333 y 341.)

¿Cómo la obligó á ello? Jamás se ha sabido con exactitud; pero se infiere fácilmente recordando los horribles tratamientos con que se desembarazó de miss Newton su primera esposa. No hallo pormenores acerca de esto en la relación del cirujano; sin embargo, existen rumores bastante difundidos de que uno de los suplicios con cuyo auxilio consiguió sus fines, fué el de encerrar dentro de un arca el largo y hermoso cabello de la condesa, y haciéndola estar tendida sobre el pavimento y completamente inmóvil, so pena de los más atroces sufrimientos. No es esta una de las ideas más diabólicas que la poesía y la pintura han atribuido al príncipe de los condenados?

Bowes se salió con la suya, y las *Confesiones* vinieron á ser tan auténticas como era posible: leíalas y releíalas sin cesar. Según su biógrafo, las dejaba por la noche bajo su almohada. «Las sabía de memoria, y formaron parte del equipaje cuando su viaje á París. Nunca se separaba de este tesoro, cuya posesión tenía para él una especie de aliciente feroz.» Mas adelante le veremos servir de esta arma emponzoñada.

El sencillo escritor que, familiarmente admitido en la casa de Bowes, ha podido transmitirnos en todo su horror el cuadro de semejante tiranía doméstica, describe así el estado de la condesa al cabo de seis años de matrimonio:

«Hacia algún tiempo que yo no la había visto. Me pareció extraordinariamente abatida y desfigurada; sus nervios se hallaban en un estado de excitación continua; su palidez era extrema, y la oscilación convulsiva de su barba, hasta entonces accidental, se había hecho constante. Antes de pronunciar alguna palabra, nunca dejaba de mirar á su marido, y consultaba su vista antes de responder á un brindis que se la dirigiese.

» Por lo demás, la condesa permanecía muy poco tiempo á la mesa, y después no se la volvía á ver más. Algunos días después, nos dirigíamos una mañana M. Harrison y yo á visitar con ella el jardín, tan magnífico en otro tiempo, que había mandado construir en Paul's-Walden: aunque la negligencia de Bowes tuvo casi enteramente descuidado este sitio delicioso, ostentaba aun en algunos puntos las huellas del gusto perfecto que había presidido á su construcción.

» La condesa nos mostraba con evidente turbación y profunda melancolía las plantas, los semilleros de flores, los prados, las glorietas y las bellas alamedas que poco antes había tenido tanto placer en dibujar.

» En un extraño arbusto nos hizo observar las señales del cultivo que le había dado. Yo la contemplaba durante esta conversación. La inquietud de su alma se traslucía en los movimientos de su boca, en la vacilación de su mirada, y en el aumento de esa crispación nerviosa de que antes hice mención.»

En la misma época, el miserable autor de tantos sufrimientos se arrojaba en la vía ruinosa de la disipación y del

desorden; aumentaba el número de sus servidores, tenía mesa de estado, y procuraba deslumbrar á los habitantes de la comarca con el brillo de las fiestas. Su audacia, acrecentada por la humilde sumisión de su víctima, ya no encontraba límites.

No contento con arrebatarse una á una todas las distracciones de la vida social á que estaba acostumbrada, de reducir su tren, de obligarla á vender sus joyas, de privarla en sumo de cuanto constituye la existencia moral de una mujer cuya educación y cuyos hábitos han desarrollado en ella el gusto de las artes y de los gozos intelectuales, la obligaba á sufrir, con la certeza de sus infidelidades, la presencia de las mujeres á las cuales la sacrificaba. M. Jesse Foot habla, entre otras, de una joven sumamente hermosa, hija de uno de los colonos de Bowes, á quien había seducido á fuerza de regalos. La recibía con su hermana y su madre después de la comida, y todos juntos tomaban el té con la condesa.

No había ya en ella voluntad; todo sentimiento de sus derechos, todo rencor legítimo parecían extinguidos para siempre.

Pero era poco una víctima para un hombre como Bowes. La condesa había tenido cinco hijos de lord Strathmore. Su nuevo esposo hizo cuanto pudo para sustraer de la protección de su tutor á lady María Jane y lady Ana Maria, que eran las dos hijas mayores. Los niños estaban, por disposición de la ley, fuera de su alcance. Mil hipócritas manejos encubrieron al principio la ejecución de este plan. Viósele de repente manifestar las más vivas alarmas, la solicitud más tierna por la salud de la condesa, minada, decía él, por los sufrimientos morales debidos á la ausencia de sus hijos. Así consiguió que le remitiesen una de las niñas, y la otra se libró, gracias á la prudente firmeza de sus tutores. Permitieron que una fuese á ver á su madre, moribunda según se la representaban; mas cuando hubo llegado, la separaron de las personas destinadas á su servicio. Esta circunstancia produjo alarma, y los sucesos inmediatos obligaron á Bowes á soltar su presa; pero partió al momento á París con la otra niña y la condesa. Un proceso siguió, que fué llevado ante el tribunal de la Cancillería. El raptor escribía carta sobre carta, con el refinamiento de la hipocresía más consumada para enternecer á sus jueces en favor de la condesa.

Pero tuvo mal éxito, y le obligaron á volver á sus protectores legales la niña robada, á pesar de la habilidad de los abogados que había escogido entre los de más nombre en aquella época; tales fueron Erskine, Law y Scott, después lord Erskine, Eldon y Ellenborough.

Llegamos ya á las peripecias más terribles de este triste drama. Las crueldades de Bowes, aumentándose más y más, hicieron caer á la desventurada condesa en un parasismo de desesperación. Resolvió escapar de tamaña tiranía y reclamar la protección de las leyes; pero la fuga era difícil. Bowes y sus satélites ejercían sobre ella la vigilancia más activa.

Entre todos los sirvientes de la casa una sola persona se había librado de las corrupciones de Bowes, y profesaba á la condesa un cariño y una compasión sinceros. Esta persona era una muchacha de quien nunca se había desconfiado. Desde mucho antes, sin embargo, su señora y ella habían previsto los resultados y acordado los medios de una evasión secretamente meditada. Cierta día pareció ofrecerse una ocasión favorable. Bowes había ido á comer á casa de uno de sus amigos, llevando consigo gran número de sus criados. Bajo diversos pretextos alejó á los demás, y aun el que estaba más particularmente encargado de guardar de vista á la condesa, no concibió sospecha alguna cuando ella le rogó

que fuese á la próxima librería para renovar las suscripciones de obras para su lectura.

Luego que hubo salido, ama y criada, despues de haber cerrado por dentro varias puertas para retardar algun tanto el descubrimiento de su huida, salieron de casa y llegaron sin obstáculos á Oxford's-Street, que era el punto de carruajes mas cercano. Pero ni uno solo pudieron hallar. El riesgo era inminente. Apenas se apercibieron de su desaparición, cuando rápidos mensajeros notificaron el caso á Bowes. Acudió este, impulsado por la rabia y el temor; las fugitivas acababan de encontrar un carruaje, cuando le encontraron á un extremo de Berner's-Street, en un cabriolé de alquiler, cuyo caballo azotaba él con toda su fuerza, asomando con sangrienta curiosidad su cabeza desnuda.

La Providencia ocultó la condesa á sus miradas; como se hallaba tan deteriorada su salud para ver con serenidad tan gran peligro, un violento ataque de nervios la hizo caer en el fondo del vehiculo que la conducía á seguro asilo.

Fué llevada á casa de un abogado, M. Shuter, en Cursitor's-Street, y se la destinó una modesta habitación en Byer's-Buildings. Empero Bowes no perdió un minuto, y llegó bien pronto á encontrar su huella. Informóse del lugar donde se hallaba retirada; mas por fortuna habia tenido ya tiempo de presentar al tribunal del *Banco del Rey* una petición de protección contra los malos tratamientos de su marido, y de este modo quedó en adelante bajo la especial custodia de aquel tribunal. Acostumbrado Bowes á sojuzgar la fortuna con sus temeridades inauditas, no se dejó intimidar por este accidente; fuese á vivir en la misma calle que su esposa, y acechándola como el gato al raton, pareció dispuesto á nuevas violencias. Su casa nunca se desocupaba de hombres de siniestro aspecto, agentes resueltos de sus criminales decisiones. Cada uno le sugería un nuevo plan, una intriga nueva. Indeciso acerca de los medios, pero atento siempre á su fin, adoptaba todas estas ideas, pasaba de una á otra, trazaba mil criminales tramas y preparaba á la vez veinte dramas judiciales.

Sus querellas vehementes (presentábase como ofendido) eran llevadas á un mismo tiempo á la Cancillería, al Banco del Rey, y aun á los Doctor's Commons. Se esforzaba tambien para imponer silencio á las declaraciones que preveía pudieran emplearse contra él; otros lazos, otras corrupciones iban á buscar á las víctimas de su deplorable desorden, y les compraba la conciencia despues de haber pagado su honor; y contando con abandonarlas de nuevo, acallaba á fuerza de oro sus quejas y los gritos de sus hijos. A pesar de todo, se creyó suficiente todavia para justificarse ante los Doctor's Commons de las alegaciones de la infortunada condesa.

Habia dejado esta su casa con tal precipitación y en circunstancias tan imprevistas, que no habia tenido tiempo de proporcionarse ningun recurso. Sus trajes y sus joyas habian quedado en poder de Bowes. De consiguiente, solo con el auxilio de socorros estraños pudo esta mujer, poco antes una de las mas ricas heredadas del reino, llegar por la costosa via de los procedimientos judiciales, á hacer las pruebas que la ley le exigía. Para apreciar el horror de los tratamientos que habia sufrido, es menester recordar lo que hemos dicho antes acerca de este punto, de su rango, de la delicadeza de su carácter y de lo que le debía el hombre que por espacio de tantos años se habia convertido en su despiadado verdugo.

La informacion judicial en favor de la condesa decia en términos enérgicos que Bowes estaba convicto de haber « pe-

gado, arañado, mordido, pellizcado, azotado, pisoteado, encerrado, insultado, provocado, atormentado, mortificado, degradado, tiranizado, engañado, hecho sufrir hambre, apremiado y violentado á la condesa, y de haberla (suplicio nuevo) torcido el corazón. » A todas estas acusaciones nada tenia Bowes que replicar, y no podía oponer otra cosa que las preciosas *Confesiones* dictadas justamente para el caso de su execrable defensa, y que puso en manos de su procurador para que sacase de ellas todo el partido posible.

En medio de estos lances, Bowes no perdía de vista su víctima: en vano hacia ella para desorientarlo frecuentes cambios de domicilio; su esposo sabia siempre encontrarla y proporcionarse alojamiento cercano al de ella. Habíase refugiado por último en Bloom's Bury Square, y allí fué donde resolvió volver á ganar la partida empeñada contra él, por un golpe de mano que nadie podia prever, tan imposible parecia intentarlo. La justicia habia encomendado á un constable la guarda especial de la condesa, y este hombre, llamado Lucas, habia sido buscado entre los de su profesion que mas confianza inspiraban.

Bowes no desesperó de sobornarlo: al efecto, supo penetrar en el seno de su familia, informarse de las necesidades que experimentaba y satisfacerlas hábilmente; por manera que bien pronto el constable, su mujer y todos los suyos, persuadidos de la justicia de sus pretensiones, en lugar de poner obstáculo á sus proyectos, ingresaron en el número de sus agentes mas adictos. Habíasele mostrado Bowes como un marido indignamente ultrajado; les habia hecho leer las famosas *Confesiones*; habiéndolos cautivado casi sin saberlo, no se desdeñó ya de convencerlos. Fascinado como tantos otros, el honrado Lucas fué desde este momento un hombre perdido, y el rapto de la condesa ya no debía encontrar mas que dificultades secundarias. Del *Gentleman's Magazine* de diciembre de 1786 tomamos la siguiente relacion:

« Despues de algunas semanas, varios sugetos de aspecto sospechoso frecuentaban los alrededores de la casa habitada por la condesa en Bloom's Bury Square; y cuando salía en carruaje, se la veía seguirla, unas veces en flacre, otras veces á pié. Su señoría no ignoraba enteramente estas circunstancias, ni dejaba de conocer el daño que la anunciaban; pero esperaba contrarestar los proyectos de sus enemigos, merced á la vigilancia de un constable que habia tomado á sueldo y cuya mision era no perderla nunca de vista.

« Este hombre llamado Lucas, en la mañana del viernes 10 de noviembre preguntó al cochero, segun costumbre, si milady habia de salir en aquel dia. Respondiósele que tal era su intencion, y se le dió orden de volver entre una y dos de la tarde. Hacia esta hora debia ir su señoría á casa de M. Foster, en Exford's Street. Hizo que la acompañasen M. Farrer, hermano de su abogado, y su doncella mistress Morgan, quienes entraron con ella en su carruaje. Ningun accidente les sobrevino durante el viaje; pero á los cinco minutos de haber llegado á casa de M. Foster varios hombres de los que hemos hablado antes, mostraron en la puerta del almacén sus fisonomías bien conocidas de la condesa.

« Aterrorizada con su aspecto, se refugió en un aposento interior, á cuya puerta echó el cerrojo, no sin haber rogado antes á M. Foster que fuese á pedir á los agentes de policía que viniesen á sustraerla de las violencias que parecían prepararse contra ella.

« No bien M. Foster habia salido de casa, se presentó el constable de que hemos hecho mencion, y manifestando su nombre, logró que se le franqueasen inmediatamente las

puertas. Llegando ante su señoría, la dijo con gran sobresalto, que en virtud de una orden de arresto que acababa de recibir, debía considerarse como presa, añadiendo que esta noticia, lejos de asustarla, era por el contrario de buen agüero para ella, puesto que la llevaría á Gacu Wood á casa de lord Mansfield, quien deseando frustrar los designios de sus adversarios, la tomaría bajo su inmediata protección.

» Este artificioso relato, cuya falacia no pudo sospechar la condesa por su estado de inquietud, venció su resistencia á dejar la casa de M. Foster. Subió á su carroza, tomando asiento á su lado, entre otros, M. Farrer. Cerrada la portezuela, fueron despedidos los lacayos bajo el falso pretexto de que la condesa lo ordenaba así. El cochero estaba ganado, á lo que parecía, y nuevos criados, todos bien armados, subieron á la trasera del coche. Así es como sin ruido ni obstáculo fué encerrada la condesa en Highgate Hill. Allí encontró á Bowes, quien dirigiéndose á M. Farrer, le rogó con la mayor finura que tuviese la bondad de cederle su puesto. La resistencia era inútil.

» M. Farrer bajó, y M. Bowes tomó asiento en el carruaje á la derecha de la condesa, que desde entonces no abrigó duda alguna acerca del lazo en que había caído. El cochero recibió orden de continuar y de apresurar el paso.

» M. Farrer, ya libre, se volvió á Londres á toda prisa, y presentó pedimento al tribunal del *Banco del Rey*, á fin de obtener una orden de libertad. El lunes 20 dos ugieres de vara de lord Mansfield fueron enviados al Norte en persecución del raptor, que continuaba entretanto su camino.

» Un nuevo tiro de caballos aguardaba á los viajeros en Barnet. Bien que los cristales del coche fuesen rotos y pudiese notarse una violenta desesperación en el semblante de la dama que iba dentro, nadie imaginó poner el menor óbice á la marcha de M. Bowes.

» Su huella se nos pierde hasta el momento en que uno de sus lacayos, al llegar á la venta del Angel en Doncaster (noventa y nueve millas de Londres) pidió caballos para el carruaje de su amo que, según dijo, le seguía de cerca. Llegó en efecto, al cabo de una media hora, y se detuvo en la calle. En tanto que se mudaban los caballos, M. Woodcock, dueño de la venta, sacó unas tortas á M. Bowes, que este ofreció á los que le acompañaban. Ignoramos si las aceptaron. Los caballos de refresco partieron inmediatamente para Bransby Moor, á donde nos conduce la serie de las noticias obtenidas. La condesa entró algunos instantes en un cuarto de la posada, á donde la acompañó una criada; pero su merido no se separó un momento de la puerta, y se mostró agitado de la mas viva impaciencia hasta que la hizo volver á subir al carruaje. En Ferry Bridge la dejó pasearse un poco en el jardín, en cuya puerta hizo asiduamente centinela.

» Desde este momento hasta su llegada á Streatlam Castle, en el condado de Durham, trascurren once dias cuya inversion no sabemos sino por los dichos de la condesa despues de su libertad. La relacion de sus sufrimientos excita la mas honda compasion.

» Parece que en el camino, y hallándose rodeada de los raptores armados, quiso obligarla á firmar una especie de consentimiento que paralizaba los procedimientos de la curia eclesiástica, y por el cual se obligaba á reconocerle para siempre con el nombre y derechos de esposo; pero ella se negó absolutamente. Entonces la arrojó al suelo y le pegó de puñadas, despues de haberle tapado la boca con un pañuelo para evitar los gritos que el dolor le arrancaba. A la

mas leve discusion que se movia entre ellos, le azotaba el pecho con la cadena y los sellos de su reloj. Provocado, por fin, por su firme resistencia, apoyó sobre la frente de su esposa una pistola cargada, amenazándola con la muerte si no firmaba en el acto el papel en cuestion. Pero ella rehusó de nuevo, y esta espantosa escena no tuvo por entonces otras consecuencias. En Streatlam Castle, cambiando repentinamente, probó con mil súplicas á determinar á la condesa que recobrase la actitud de señora de casa y se condujese esteriormente como una mujer sumisa espontáneamente á la voluntad de su marido.

» Pero á la sujecion pasiva habia sucedido la obstinacion pasiva de una resistencia desesperada. Observándolo Bowes, al punto cesó de rogar, y volvió á los arrebatos coléricos que le eran naturales. Echó mano otra vez del dolor material para vencer una resistencia á que no estaba acostumbrado. Despues, con esa ciencia de la persecucion, que caracteriza su horrible conducta, sustituyó á las escenas de violencia un completo aislamiento, que, por consecuencia indispensable, debia dar á las exaltaciones de la mente y á los terrores de la imaginacion un carácter mas imponente y una influencia mas irresistible. Cuando se presentó ante la condesa, despues de haberle tenido por espacio de veinticuatro horas entregada á sus angustias solitarias y con absoluta incomunicacion, aparentó la calma que acompaña por lo comun á las resoluciones invariables, y con voz reprimida, pero por lo mismo mas amenazante, la preguntó si estaba decidida para siempre á no llenar en toda su estension los deberes de esposa. Respondióle solemnemente que nada la reduciría jamás á semejante estremo.

» No esperaba encontrar tanta pertinacia; así es que su furia sobrepujó entonces según manifestacion de la condesa á todas las que habia visto en él otras veces: asíóla de las manos, se las retorció y la forzó á caer de rodillas; sacando luego un cachorrillo, le ordenó en un transporte frenético, que orase por última vez. Obedeció la condesa, y fijando en seguida en él su mirada tranquila, le mandó que hiciese fuego.

» Mientras esto pasaba, sordos rumores habian esparcido la alarma en el pais: los terratenientes de la condesa comenzaron á temer por ella, y Bowes á dudar de su propia seguridad. A fin de proporcionarse los medios de fuga, llevando consigo su presa, mandó á dos de sus criados que se disfrazasen de modo que desde lejos pudiesen ser tomados por la condesa y él.

» Por su orden se asomaban muchas veces á las ventanas; y esta habil estratagema les salió á las mil maravillas, y calmó desde luego á los buenos aldeanos que de vez en cuando venian á visitar el castillo, y aun engañó por este medio á los oficiales del sherif que, despachados con la orden de arresto, se apoderaron del supuesto Bowes y de la supuesta condesa.

(Se concluirá.)

J. RUYSDAEL.

En una de nuestras precedentes noticias sobre J. Ruysdael, hemos dicho que no sabia adornar sus admirables paisajes de figuras dibujadas y pintadas por él, y que muchas veces Berghem, Wouvermans, Van den Velde, y Lingelbach, los poblaban de personajes adecuados á los sitios que el artista representaba.

La selva, cuyo grabado acompaña á la presente noticia,

nos suministra uno de los mas conocidos y célebres ejemplos del hecho de que tratamos. Berghem escribió tan claramente su nombre en todas las figuras que pintó aquí, que aun cuando todos los historiadores de la pintura no hubiesen notado esta particularidad, el espectador menos perspicaz la notaría. Este soberbio lienzo se halla en la galeria del Louvre, y como antes de llegar á él

hay que pasar por delante de muchos magníficos paisajes de Berghem, al instante se conoce su estilo en las figuras que habitan el hermoso pais de Ruysdael.

Ya hemos dicho tambien que este gran pintor no tuvo otro maestro que la naturaleza; lo que es muy cierto si se considera que consagró su vida á estudiarla, que debió sorprender sin duda muchos secretos de ella, y que quizá solo



RUYSDAEL. B.

A. PAQUIER. D.

G. DE WARDIN. SC.

J. RUYSDAEL.— La selva con las figuras de Berghem.

á su estudio debe el arte tan difícil de reproducir con verdad sus mas hermosos y pintorescos efectos; pero no por esto queremos decir que Ruysdael no tuviese mas maestro que ella, porque por grande que sea la influencia que pueda ejercer en el desarrollo de un gran talento, nunca podria libertarle de esas nociones preliminares que forman el tesoro de la ciencia, fruto de la esperiencia y del tiempo, porque hay principios de que en ningun caso puede prescindirse.

Al examinar con atencion las primeras obras de Ruysdael, confrontándolas con las de su hermano Salomon, se maravilla uno de la relacion que habia entonces entre el estilo de ambos: la misma dureza de pincel, el mismo colorido, y la misma disposicion de cielos; así pues, quién puede haber guiado el pincel de Ruysdael sino su hermano

que tenía veinte años mas que él? Y si Ruysdael estudió con su hermano, porque no le hemos de acordar que hubiese podido seguir igualmente las lecciones de Allard Van Everdingen, cuyos cuadros estudió tan bien que casi podria decirse que los tuvo á la vista al hacer sus bellos paisajes. Este parecido es tan notable que los cuadros de Everdingen fueron vendidos durante largo tiempo como si fueran de Ruysdael. En conclusion, repetiremos con los que han tocado antes que nosotros este punto, que habiéndose hecho amigo de Berghem, recibió algunos consejos que no contribuyeron poco á sus adelantos, lo que es imposible poner en duda cuando se reconoce en sus paisajes, no solo las figuras de Berghem, sino tambien los toques maestros y las frescas tintas de este pintor eminente. J. J. ARNOUX.